

JEAN-PAUL MARTHOZ

# Entrevista a Tzvetan Todorov: Europa contra la tentación del imperio\*

Traducción de Leandro Nagore

*¿Debería Europa volver a convertirse en hiperpotencia? ¿En qué se diferencia de EEUU? ¿Qué ejemplo puede dar al mundo? Las respuestas de Tzvetan Todorov, filósofo, historiador y uno de los grandes representantes del estructuralismo junto a Roland Barthes, nos proponen en este texto una reflexión sobre las bases de las sociedades europeas. Nacido en Bulgaria, pero asentado en París desde 1963, Tzvetan Todorov es director honorario de investigación del Centro Nacional de Investigaciones Científicas (CNRS) e "inventor" del concepto de "potencia tranquila" referido a Europa.*

**Pregunta:** Mientras la Unión Europea, sacudida por las divisiones que suscitó la guerra en Irak, se preguntaba por su papel internacional, usted inventaba el concepto de "Europa, potencia tranquila". En este mundo de tensiones y de frenesí ¿es posible que una potencia sea realmente tranquila?

**Respuesta:** Este concepto surge de una constatación: la Unión Europea ya no aspira a ningún proyecto imperial. No obstante, tiene que ser una potencia ya que, si quiere garantizar la independencia de su proyecto económico y político, debe poder asumir ella misma su propia defensa. Si no, ante cualquier crisis, como lo ha sacado a relucir la guerra en Irak, se verá obligada a alinearse.

Jean-Paul Marthoz es director editorial de la revista belga *Enjeux Internationaux*.

---

\* Entrevista publicada originalmente en *Enjeux Internationaux*, Nº 12, segundo trimestre 2006. Se cuenta con autorización para su reproducción.

Sin embargo, no debe llevar la lógica de ser potencia hasta el límite. Sus pueblos y sus gobiernos rechazarían radicalmente este papel, al contrario que en EEUU, donde la población contempla el proyecto imperial con cierta benevolencia. Sólo EEUU se puede definir como hiperpotencia, dispuesta a intervenir militarmente en cualquier lugar.

**P: Más concretamente, ¿cómo llevar a la práctica el concepto de “potencia tranquila”?**

**R:** Europa debe desarrollar su capacidad para controlar las situaciones de paz y de guerra dentro de sus fronteras de una forma total y absoluta. En el consiguiente espacio intra-europeo serían inaceptables e imposibles guerras civiles como las que azotaron la ex-Yugoslavia en la década de los noventa. Además, debe disponer de una fuerza de intervención rápida para poder operar fuera de este perímetro, en función de las necesidades de sus aliados, o para poner fin a un genocidio en curso.

No obstante, debería abstenerse de aspirar a un papel de árbitro global del planeta. Europa, una potencia regional, debería definir una vía distinta, que no pase por una actitud puramente de fuerza y que pueda convertirse en un ejemplo para el mundo entero.

**P: Por tanto, ¿usted no propone un modelo pacifista?**

**R:** Europa goza de una gran madurez política, ganada a un precio elevadísimo a lo largo de una larga historia de batallas y de guerras, sobre todo en el siglo XX —el más sangriento de todos—. La lección que ha aprendido de todo ello ha conseguido introducirse en su memoria colectiva, en su herencia y en su identidad. Pero no se trata de pacifismo. Este último concepto es, o bien una falsa idea —en el mundo reinaría la educación y el civismo—, o bien una elección inmoral, como si ningún ideal fuese lo suficientemente digno como para ser defendido con las armas. Nosotros nos aferramos a nuestras decisiones y no estamos dispuestos a abandonarlas.

**P: ¿Cómo podría esta Europa contemplar sus relaciones con EEUU?**

**R:** Los atentados del 11-S tuvieron por blanco a EEUU, pero tampoco hay que engañarse: estaban dirigidos a todo Occidente —América del Norte junto con Europa Occidental, y más allá—. Yo no veo, que en la situación actual, EEUU y la Unión Europea estén enfrentados. Europa seguirá manteniendo una asociación militar privilegiada con EEUU, pero ¿implica esto que deba contentarse con un papel auxiliar como el que desempeña actualmente?

Nuestro mundo es multipolar, existe un espacio entre el “están conmigo o contra mí”. Opuestamente al unilateralismo de los neoconservadores estadounidenses, los europeos a nivel internacional legitiman el poder por su forma de ejercerlo. Ellos mismos le imponen sus límites, se someten a tratados y contratos y establecen instituciones comunes para todos. Tales son los principios sobre los que se asienta la “potencia tranquila”.

**P: Los neoconservadores estadounidenses y sus aliados europeos también se declaran defensores de los ideales de la democracia y la libertad.**

**R:** Los neoconservadores, que yo calificaría más bien como neofundamentalistas, no son conservadores en el sentido clásico del término, es decir personas que buscan preservar las cosas tal y como están. Ellos llaman a la “revolución permanente”, una actitud muy ligada a su paso por la extrema izquierda, y están decididos a exportar su concepción de la revolución y de la justicia, a punta de pistola si fuera necesario. Los resultados de esta política son del todo discutibles.

En Francia, los defensores de esta doctrina, más presentes de hecho en el entorno intelectual que en el mundo de la política, son casi todos antiguos maoístas o trotskistas. Han cambiado el contenido de sus ideales, pero no su activismo. Mis quejas contra ellos no se fundamentan en su ideal democrático, sino en los medios con los que lo quieren imponer. Hay una clara contradicción entre el fin y los medios, que anula el efecto deseado. Tomemos el ejemplo de Irak: suponiendo que esta guerra haya sido realmente motivada por la ideología neoconservadora, los resultados son dramáticos. No basta con dominar un país militarmente para lograr instaurar un “modelo ideal” con éxito.

Al contrario que los designios de los neofundamentalistas estadounidenses, la política europea actual no se inscribe en la línea de las ambiciones coloniales del siglo XIX y principios del XX, cuando, en nombre de un ideal de razón y de civilización, Europa ocupaba territorios para traerles la felicidad a los “salvajes” o a los “bárbaros”. Esta página de la historia está aún demasiado cercana. Esta es una tentación que no debemos cultivar.

**P: ¿En qué se diferenciarían los valores europeos de aquellos que predica EEUU? ¿La democracia y los derechos humanos no son exclusivos a la Unión Europea?**

**R:** Cuando se afirma positivamente el ideal europeo se encuentran de hecho elementos que también están presentes en EEUU, ya que éste, como Europa, reivindica la democracia liberal y los dos ingredientes principales que dan a la democracia moderna su especificidad: la soberanía popular y la libertad del individuo.

Estas dos características llevan al sufragio universal, al igual que al pluralismo, garantizado por los poderes públicos. La voluntad del pueblo no puede imponerlo todo, ni cualquier cosa, ya que el individuo, en el seno de esta democracia liberal, dispone de un espacio privado que debe mantenerse intacto y protegido de toda injerencia, ya sea legítima o no. El pluralismo, tal y como sabemos desde el siglo XVIII, es la única forma de mantener este espacio de libertad.

Al mismo tiempo, esta voluntad popular está enmarcada por los límites de lo intangible, y uno de estos límites se llama justicia: postulamos que la justicia no puede ser revocada por decisión del pueblo. Por ejemplo, si votásemos mañana en favor de una ley que obligase a matar a las personas mayores de 80 años al considerar que resultan demasiado costosas para el país, esta política, a pesar de haber sido votada por unanimidad por la Asamblea Nacional, sería inadmisibles. Quebrantando un principio de justicia, esta ley suprimiría la libertad de los ciudadanos, en este caso la libertad de sobrevivir.

Del mismo modo, tal y como lo han ilustrado algunas polémicas muy recientes en Francia, la voluntad del pueblo no puede socavar la verdad. Si mañana la Asamblea Nacional votase en favor de una ley que dictase que la Tierra no gira alrededor del Sol, sino que se queda fija e inmóvil, y que es el Sol el que gira, sería un voto perfectamente absurdo ya que este tipo de verdad no depende de un voto. Lo mismo ocurre con la historia de la humanidad: soy de los que consideran que las decisiones tomadas por el Parlamento francés sobre los juicios a la historia son un despropósito, ya que la historia no se puede reducir a unos juicios sumarios.

Según los límites mismos de la democracia liberal, el hecho de ser elegido no califica a nadie para establecer la verdad. Uno no se convierte, por gracia de lo sobrenatural, en alguien que pueda tener un acceso directo a la verdad, y que por tanto pueda fijar ésta en el marco de una ley. Una ley fija una decisión de la voluntad, mientras que la verdad no depende de la voluntad.

**P: ¿Cuáles son más concretamente los valores sobre los que sustenta su reflexión de la “potencia tranquila”?**

**R:** He intentado enumerar ciertos valores “europeos” en mi libro (*Le Nouveau Désordre mondial. Réflexions d'un Européen*, Robert Laffont, París, 2003; Le Livre de Poche, París, 2005), aunque estos se pueden encontrar también a menudo fuera de Europa. Estos valores que ofrecemos a los demás países han sido elaborados en el marco de la tradición europea, del mismo modo que el álgebra se elaboró en el marco de la tradición árabe. Ha sido ofrecida al mundo entero, y el mundo entero ha aceptado asumirla. De este modo, la fuente de los valores europeos es local, pero su atractivo es universal.

Del mismo modo, a lo largo de una historia construida alrededor del ruido, la furia, la sangre, errores y guerras, los europeos han ido elaborando progresivamente un tipo de ideal fundado sobre el Estado de Derecho, el Imperio de la Ley, la preferencia por el debate racional argumentado en contra de los argumentos basados en la fuerza bruta, la neutralidad del Estado frente a las religiones y las ideologías.

**P: ¿No es precisamente sobre el lugar de la religión en lo que se diferencian más EEUU y Europa?**

**R:** EEUU se fundó sobre los principios de la Ilustración. Los padres de la Nación, Jefferson, Washington o Madison, habían construido un muro entre la religión y el Estado, tanto para proteger la libertad de culto como para salvaguardar la neutralidad del Estado ante las ideologías seculares o las religiones.

No obstante, al leer el último libro de Samuel Huntington, *¿Quiénes somos?*, como retrato fiel de los valores estadounidenses, la diferencia que surge entre estos y los valores europeos parecen incidir sobre dos niveles: el nacionalismo y el papel de la religión. El contraste entre Europa y EEUU en cuanto a la fe y el orgullo nacional son obvios.

Si nos vemos a menudo abrumados por la violencia de algunas reivindicaciones islamistas es porque, en Europa, la reivindicación religiosa ya no se vive de la misma forma, y porque todos los países de la Unión Europea han adoptado una cierta forma de laicidad, dependiendo de sus propias tradiciones. Está claro que la laicidad francesa no es más que un ejemplo de entre los diferentes modelos, pero en cada uno de estos países existe este tipo de separación.

En EEUU es del todo novedoso ver que un presidente formula su política exclusivamente en términos morales, sobre todo propagando la costumbre de rezar y afirmando que su política está inspirada por Dios. Si lo hace como individuo EEUU se mantendría como Estado laico, pero los individuos que ejercen las más altas funciones llegan a asumir papeles en los cuales lo religioso y lo político se entremezclan peligrosamente. Diría lo mismo sobre la simpatía personal que el presidente de EEUU manifiesta por el creacionismo. A partir del momento en que instancias políticas imponen la enseñanza del creacionismo, con el mismo rango que la biología, se puede decir que borran la línea que separa la ficción de la verdad, atravesando una clara línea roja. Efectivamente, una democracia postula que existe una barrera infranqueable entre la verdad y la ficción. La verdad no depende de un voto. Por consiguiente, permitir que se elija mediante un voto entre Darwin o la Biblia supone una amenaza para la democracia.

El presidente Bush claramente no tiene el poder para imponer sus decisiones personales, pero cuando dice que “desde su punto de vista personal” la enseñanza de las dos “tesis” en las escuelas en pie de igualdad sería una ilustración de pluralismo, se pierde. No puede haber pluralidad sobre el lugar de la Tierra en la galaxia, como no lo puede haber sobre el desenlace de la Batalla de Waterloo.

**P: Ante el “orgullo estadounidense”, ¿no se podría oponer un nacionalismo europeo?**

**R:** En Europa el nacionalismo se ha visto fuertemente vapuleado tras las dos grandes guerras del siglo XX. Desde entonces las ideas nacionalistas son vistas con una gran dosis de sospecha. La misma existencia de la Unión Europea las ha frenado definitivamente. Si se puede hablar de un milagro europeo, es precisamente en esta agrupación voluntaria de Estados autónomos que han cedido una parte de su soberanía a favor de una dirección colectiva.

Este milagro frena y limita el nacionalismo en todas sus manifestaciones. Ni en lo social —los humores de las personas— ni a nivel de las instituciones se puede hablar de un frenesí nacionalista. Europa, en la actualidad, es un modelo de la coexistencia de diferencias.

**P: En su libro, *Deberes y delicias. Una vida entre fronteras*, usted ha contrapuesto el universalismo al cosmopolitismo, insistiendo sobre la necesidad de anclar las identidades específicas.**

**R:** Existe un cierto número de individuos que no se reconocen en ninguna cultura pero, por lo general, el ser humano necesita una identidad colectiva, que abarca la religión, la lengua, la forma de comer o de organizarse el día. El cosmopolitismo subestima la necesidad de tener nuestra propia cultura, que es por definición particular.

Algunas personas, exiliados como yo, podemos ayudar a superar fronteras. Claro que podemos cambiar nuestro idioma, soy la prueba de ello, ¡pero en ningún caso se puede hablar más de un idioma a la vez! Lo que es verdaderamente fructuoso es el encuentro de culturas, y no el eclecticismo cultural.

**P: ¿No está Europa como potencia amenazada a largo plazo por estas mismas diferencias?**

**R:** Europa es una pluralidad de naciones más que una sola nación. ¿Cómo convertir esta diversidad, que es un factor objetivo, en un elemento positivo y unificador? He ahí el reto

europeo. Cuando hablamos de “identidad europea” no hay que buscar el mínimo común denominador entre los finlandeses, los griegos y los británicos. Lo que lograríamos en ese caso sería lo que ofrecen todos los pueblos que habitan la tierra, y no tendría nada de específicamente europeo.

Cuando comparamos el territorio de la Unión Europea y el de EEUU, lo que nos sorprende de Europa es que se componga de ¡40 Estados! En su momento, se contemplaba a Europa como una unidad propia, pero esto no era más que la herencia del Imperio Romano. Ya en el siglo XVII cuando se dejó de concebir a Europa como una unidad cristiana y se empezó a separar en mayor medida el espacio político del espacio religioso, algunos pensadores imaginaron una Europa como entidad de un tipo particular, compuesta de un conjunto de ingredientes que jamás se fundirán los unos con los otros. A partir de ese momento, los pensadores europeos han intentado definir las cualidades necesarias para poder vivir con estas diferencias. Lo que se había intentado eliminar empezó a ser percibido como una cualidad positiva.

**P: ¿Pero cuál es el zócalo común más allá de las diferencias?**

**R:** Ante todo tenemos el postulado de la racionalidad, que ya mencioné anteriormente respecto de la religión y la ciencia. También está la llamada a la tolerancia y la educación ante la crítica: es justamente porque somos belgas o suizos que podemos observar con cierta distancia las costumbres francesas, y que podemos contemplarlas con una visión crítica, que los franceses no siempre logran. *A fortiori* cuando aumenta la distancia, descubrimos que lo que considerábamos “natural” no era más que el fruto de una vieja costumbre y por tanto podemos criticar a los demás, al igual que también nos podemos criticar a nosotros mismos. *Las Cartas Persas* de Montesquieu se estructuran en ambos sentidos.

Algunos pensadores europeos también defienden una hermosa idea, según la cual hay que saber elevarse por encima de nuestra propia identidad para alcanzar lo que Jean-Jacques Rousseau llamaba la voluntad general, que no es la unanimidad de todos, sino una postura que nos permite pensar en el lugar de cualquier otro, de ponernos en su lugar, y luego volver al nuestro, de ser capaces —en Europa, por ejemplo— de pensar en nosotros tanto como franceses o alemanes, y de preguntarnos como europeos qué sería mejor para ambos, cambiando de nivel de esta forma. Es justamente este nuevo estatus que se atribuye a la diferencia lo que caracteriza el ideal y los valores europeos.